

Poetas De Un Puerto Secreto

Carne Prohibida

Y la poesía desde el inicio y a lo largo de su plural vida aparece como lo que trasciende, la palabra que trasciende el sacrificio.

María Zambrano, «Poesía e Historia»

La poesía come carne prohibida

Roy Sigüenza, «Summa»

Esta selección de textos, «Poetas de un puerto secreto», de cuatro autores del sur de Ecuador: Gonzalo González (1952), Luis Emilio Salinas (1954), Roy Sigüenza (1958) y Jorge Prócel (1967), todos oriundos (a excepción de Salinas nacido en Loja) y residentes en la provincia de El Oro, pretende poner en evidencia el trabajo de autores que durante varios años han venido insistiendo en una escritura en la que los síntomas de la modernidad, como de la tradición, están debidamente ensamblados; un trabajo realizado desde el margen. De los cuatro, Roy Sigüenza, nacido en la ciudad minera de Portovelo, es el único cuya obra ha tenido difusión nacional e internacional, y de la que existe una significativa recepción crítica,¹ además de ser parte de varias antologías publicadas dentro y fuera del país. Vale señalar que fue la revista quiteña *Eskeletra*, que circuló hacia finales de la década de los ochenta, la que dio a conocer los primeros textos de Sigüenza en la capital; medio en el que también publicaron González y Prócel, este último próximo al grupo *Eskeletra*

¹ Al respecto se puede consultar: Raúl Serrano Sánchez, «La lírica en el período: Segunda Parte (1985-2000)». En Alicia Ortega Caicedo (coord.), *Historia de las literaturas del Ecuador. Literatura de la República 1960-2000 (primera parte)*, col. 7, Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador/Corporación Editora Nacional, 2011; Cristóbal Zapata, «Roy Sigüenza: el poeta y su castillo». Estudio introductorio a *Abrazadero y otros lugares. Poesía reunida 1990-2005*. Edición de C. Zapata. Cuenca: Último Round, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay/Universidad de Cuenca, 2006; María Auxiliadora Balladares, «El caballo, agua ha de beber». Prólogo a *Poesía reunida, 1990-2020*. Quito: Severo Editorial/Universidad San Francisco de Quito, 2020.

durante su temporada en los «Quitos infernos», al decir del escritor Huilo Ruales.

Esta muestra pone también en evidencia cómo estos autores (hay que decir que actualmente existen otros, así como autoras en la provincia de El Oro que están llevando adelante un trabajo literario muy interesante), sorteando una serie de obstáculos en un medio tan hostil para todo lo que tenga que ver con lo cultural y literario, nunca renunciaron a mantener y sostener su pasión por la escritura. Todos buscaron medios alternativos para editar sus textos. Roy Sigüenza publicó *Cabeza quemada* (1990), como una *plaquette* que venía guardada en un pequeño sobre de papel manila y que circuló entre sus amigas y amigos de Machala. Años antes, Gonzalo González, habitante y cronista de Puerto Bolívar, también había publicado la *plaquette*, *Memorias de un salivazo* (1974), que consistía en una hoja doblada y cuya circulación se restringió al ámbito familiar y el de sus amigos del puerto. Prócel, como Salinas, harían lo mismo a través de cuadernos en ediciones precarias. Sin duda, se trataba de poner en circulación unos textos para los que los lectores/a/s también eran fantasmales o escasos, como ocurre con la poesía en otras tabernas y lugares del país y el continente. Quizás esa sea una de las formas de resistencia más efectiva y reveladora; parte de esa «insensatez» de la que habla Octavio Paz, refiriéndose a la opción por la que los verdaderos poetas se decantan —contra viento y marea—, convencidos de que lo suyo, pese a las limitaciones o bloqueos, mucho se parece a la opción que tienen los condenados cuando, desde su desolación total, escriben en las paredes con las uñas esos mensajes que esperan, solo esperan, como una especie de ironía de la vida, que en algún momento, en otro tiempo o mundo alguien descifre, o de pronto decida pasarlos por alto.

Vale anotar que, durante un buen trecho de su vida, el poeta y académico James Martínez Torres, ahora radicado en Guayaquil, su ciudad de origen, convivió con estos cuatro autores que no han abandonado sus matrices de vida y de cultura, sino por breves o fugaces estancias (Sigüenza y Prócel, en la década de los ochenta, fueron inquilinos de la capital). Todos han hecho de Machala, la capital de la provincia, su hábitat; esa especie de colmena en la que cada quien, desde la experiencia de lo vital y lo cotidiano, han sabido construir sus propias versiones respecto a lo que ha sido su tiempo, su percepción de la escritura, por tanto, de lo político, lo ético, la sexualidad, el amor, el erotismo, la soledad, las relaciones de pareja, los cuerpos y sus acuerdos o desacuerdos con la fe y su entorno social. Aunque existen elementos en los que casi todos coinciden: cómo pintan, cómo retratan y reinventan lo que es su contorno natural: el mar, las islas, el manglar, los pobladores, tan cargados de mitos y fantasmas, son claves en algunas de sus visiones. Todos escriben desde su posición de desterrados de su propio paraíso; todos interpelan su entorno desde esa condición de *flâneur* de un puerto secreto; pues sus tratos, aún en Salinas que viene de la zona andina, con lo que es la condición portuaria, eso de ser, sentirse viajeros inmóviles (Puerto Bolívar es pieza de su imaginario cultural y social) los lleva a proponer una

escritura en tránsito, de la fugacidad, de lo que siempre está en desbandada. De ahí que sus lenguajes, tan dispares, estén atravesados y tensados por elementos, materias y materiales que han sido expropiados a la tradición como la literatura anglosajona (Sigüenza y González), a la tradición latinoamericana y europea (Salinas y Prócel). Sin duda que todos, en su momento, han sabido nutrirse de la obra de los grandes referentes de la poesía ecuatoriana del tardomodernismo y de la vanguardia de los veinte y treinta, la de los cincuenta y de finales del siglo xx: los decapitados (Borja, Fierro, Caamaño, Silva), Hugo Mayo, Jorge Carrera Andrade, César Dávila Andrade, David Ledesma Vásquez, Euler Granda, Carlos Eduardo Jaramillo y el «Gordo» Nieto Cadena.

Tripulantes de un mismo barco, pero con un decir poético tan particular, tan distinto entre uno y otro texto, que por cierto entra en diálogo con la lírica que por esos años circulaba en otras ciudades del país como de la región. De ahí que en la concepción de la poesía sus miradas y posturas den cuenta de ese decir plural. Es el caso de Salinas, para quien la poesía es:

A veces bella
a veces tierna
introvertida
iracunda
quejumbrosa
subversiva
o simplemente loca («Poesía»)

Mientras que para Roy Sigüenza, de quien incluimos una suerte de *Ars poética*, la percibe y asume desde esta interrogante:

¿La poesía? Tengo un indicio: es la fuerza de la disolución de quien la escribe, que se establece como forma; es decir, es una representación desinteresada de la energía de la vida, pero nunca frente a la muerte, sino con ella, *en ella*. («Algo más»)

En los textos de estos cuatro autores, se revelan esas voces peculiares, pero también quedan expuestas, se acoplan, entran en sintonía sus búsquedas, sus obsesiones respecto a hacer del margen no un territorio de restricciones o de acomodaticias formas de expresión que sin duda hubieran atentado a su decir poético. Estos textos problematizan lo que para cierta crítica podría ser entendido o justificado desde la noción de lo regional. Si bien, todos, como tantos otros poetas lo han hecho, hablan, poetizan, desde sus islas; ese poetizar no se muestra carente, cargado de signos y significados respecto a abrazar lo que está más allá de sus márgenes. No existe una

reivindicación mecánica del color local, pues resultaría forzada; lo que revelan estas escrituras es una estratégica y lúcida —legítima— incorporación de todo aquello que es parte de sus paisajes de memoria, de la historia personal y colectiva; de sus continuos desentendimientos con ese entorno local al que cantan, celebran, pero que siempre están poniendo bajo sospecha.

De ahí que estos textos den cuenta, respondan a esas señas particulares que Jorgenrique Adoum inventarió, hacia finales del siglo pasado, respecto a la poesía ecuatoriana contemporánea, dentro de su búsqueda de una posible caracterización:

Desfachatada, malhablada, cotidiana, popular, audaz, irreverente. Es, también, voluntariamente política —contra el sistema y contra la explotación, que viene a ser lo mismo [...] y sensible a lo que sucede en el mundo: la bomba de Hiroshima y la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam y la agonía de Chile o la de los niños del Líbano. Y alude, con sorprendente frecuencia, a la mitología griega, en una actitud que la realidad cultural de nuestro continente explica: porque vista desde este lado del mundo, más aún desde este rincón del mundo, y cotejada con él, da lugar a la misma ironía que a veces suscita nuestra historia patria; y porque esa mitología nos pertenece, junto con las mitologías maya, azteca, inca [...] Y en eso reside una parte de nuestra gran riqueza.²

Sí, estos textos, leídos desde este lado del país, también aluden y generan más de una ironía respecto a la historia patria y a las mitologías citadas por Adoum, a las que habría que sumar las de los cholos y cholas de las islas y el manglar, a los y las montañas del campo y de la ciudad, a los desplazados (los que bajan desde la «loma», la parte alta de la provincia) que traen las migraciones internas y que modifican los escenarios y rituales locales. Un entramado de identidades y discursividades que dan origen a otras matrices culturales.

En términos de temporalidades, hay que anotar que los tres primeros autores (González, Salinas y Sigüenza), son nacidos en la década de los cincuenta del siglo xx, mientras que Prócel nace en la década posterior. A pesar de compartir un medio tan hostil, «fenicio» como acertadamente lo definió en su hora Roy Sigüenza, y cerrado para el trabajo literario, sucede que los cuatro no han formado ni han sido parte de un proyecto generacional común o algo por el estilo. El punto de convergencia entre todos es la escritura poética. González, Sigüenza y Prócel han tenido su convivencia con el periodismo y la gestión cultural, mientras que Salinas se ha concentrado en la docencia universitaria casi toda su vida. Por tanto, lo que los une, a más del ejercicio de la palabra, es su desciframiento de una geografía, de esa colmena que es Machala, la provincia de El Oro (amén de sus propias islas interiores), y de la que cada uno ha sabido tejer su relación no solo de los hechos, sino de sus visiones y alucinaciones.

2 Jorgenrique Adoum, *Poesía viva del Ecuador –siglo XX–*. Quito: Grijalbo, 1990, p. 19.

Los textos reunidos en esta muestra a la que han aportado, de manera generosa cada uno de los autores convocados, ve la luz gracias a la apertura del poeta Iván Oñate, director de la revista *Anales*, quien acogió esta propuesta de publicación convencido de la importancia de poner al alcance de los y las lectoras de hoy, al igual que de los estudiosos del devenir de la poesía ecuatoriana, esas escrituras que tanto tienen que revelarnos y decirnos, pero que desde las visiones canónicas suelen ser relegadas (la excepción es la obra de Sigüenza) a cierto cómodo o cómplice olvido.

Raúl Serrano Sánchez
Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador